

EL FARO MURCIANO.

DIARIO DE INTERESES MATERIALES, ARTES, CIENCIAS Y LITERATURA.

PRECIOS Y PUNTOS DE SUSCRICION.

EN MURCIA.	PUNTOS DE SUSCRICION.	FUERA DE MURCIA.
Un mes. 8 reales.	En Murcia. — Librerías de Riera; Contraste y Príncipe Alfonso; de Sellés, Apóstoles; y en la Redaccion y Administracion, Arco del Vizconde 5, tercero.	Trimestre. 24 reales.
Tres idem. 20 »		Semestre 42 »
Seis idem 36 »		Año. 74 »

Martes 16 de Junio de 1868.

PRIMER VIAJE.

Sr. Director de *El Faro Murciano*:

El buen acogimiento que ha hecho á mi primera y desaliñada epistola y las galanas y corteses frases con que se ludome ese tan cuerdo loco que con gran contentamiento de muchos escribe semanalmente en el periódico *La Paz*, determinádome han, para que á luz mis desconocidas aventuras, que si bien van desprovista, de ciertas alharacas con que otros suelen adornar las suyas, páreceme es á n escritas con tanta veracidad como buen deseo.

Quédole agradecido por la merced que me hace y mucho obligado con mi hermano *el loco* á quien conozco ha largo tiempo, y á quien aprecio d s que le conozco.

Esto dicho, pasaré con su licencia á describirle mi primer viaje y aventura.

I.

Armado de todas las piezas que á un buen caballero convienen y seguido de mi fiel aunque simple Sancho, salíme una tarde por la ciudad, mas ganoso de honra y prezo que no movido por la ruin codicia de los despojos de aquellos malandrines con quienes topáse.

Gallarmente acomodado mi escudero en su jumento, despues de haber comido con tan buena voluntad como gentil desembarazo varias tajadas de pernil remojadas con sencillos tragos de un vino de Monovar de que hiciera gran acopio, díjome respirando con una fuerza que provaba lo ahito que se hallaba:

—Acérdese vuesa merced, señor caballero que ha mucho tiempo tiéneme prometida un insua y no vaya á suceder como con la otra, que yo le juro á fe de Panza gobernarla tal y tan bien, como el mas cumplido que haya gobernado insuas en este mundo.—Sobrada presuncion tienes, amigo Sancho, contestele ¿Acaso te creiste, malaventurado, que el gobernar una insula en

aquestos tiempos que corremos es tan fá il empresa? Prometida te tengo una, mas no preumas de gobernarla sin que mis sábios consejos te ilistren y dirijan.

—Valdrá tanto para eso ser gobernador si por los vuestros pareceres he de torcer los oídos. Yo ¡jea veo por mas que apenas salgo de mi ti con que otros que saben meno, gobiernan insulas como eso que vuesta merced me tiene prometida y aun cuando yo sea algo ro no de mollera, creo en Dios y en mi ánima no torcer la vara de mi justicia como ya demostrado lo he cuando por espacio de diez dias goberné la insula Barataria.

—Y si paras mientes en lo que por entonces te pasó, debes convencerte como es mas fácil decir que obrar.

—¿Y su merced no me ha dicho que ogañó esta todo distinto de antaño? Pues si esto es cierto yo tambien he de llevar el gobernarle de modo y manera diferente.

—Veo Sancho amigo que, la presuncion te pica y esto ha de exponerte á graves hierros, pero por tu bien me tienes á tu lado y soy el mas cumplido y sabio y valeroso caballero de todo lo descubiertó de la tierra. Ya viste mis proezas y mi discrecion en otro tiempo y mayores y mas grande discrecion verasme usar ahora. Toma un ejemplo, y con las lecciones que yo te dé, aprender podras aquello de que por ahora estás inoante todavía.

Ibame á replicar Sancho, cuando distinguí á bastante distancia un desconocido gigante que abanzaba entre el humilde servilismo de muchos, las maldiciones y los denuestos de otros y la horfandad y la miseria de algunos. Apenas fijé la vista en él, afianzánd me en los estribos abrazando la adarga y poniendo la lanza en el ristre, volvíme á mi escudero diciéndole:

—O yo estoy engañándome mucho, amigo Sancho, ó la que ahora se me presenta es una de las mas famosas aventuras que he corrido.

—¡Válame Dios! Señor, repuso Sancho abriendo desmesuradamente los ojos y mi-

rando á todos lados ¿de que aventura quiere hablar vuestra merced?

—¿Ves á aquel orgulloso y altanero gigante que por allí viene trayendo amarrados á tantos desdichados? pues yo voy á ser con él en sangrienta batalla y obligarle he á rendirse al poder de mi nunca vencido esfuerzo.

—Señor, señor, repare vuestra merced que quien viene por ahí, no es ningun gigante ni mucho menos, sino por el contrario un noble caballero que pasa la mayor parte del día entre dos casas muy grandes de la ciudad, donde se reúnen muchos y nobles caballeros que le agasajan y le respetan en gran manera.

—Dígame Sancho que tu nada entiende, de las astucias y sutilezas de esos gigantes, malandrines y opresores de los débiles. Ese que ves, no es otro que el famoso gigante D. Juego, un villano que lleva hechos mas entuertos que el famoso Briareo y otros de su jaez; un malandrin que se refocila y entretiene sembrando el llanto y la desolacion por donde quiera que marcha. Tal cual tus sándios ojos le miran, es el que hace del hombre honrado un galeote; del padre de familia un tahir; del hijo sumo, aplicado y legitima esperanza de la república, un criminal endurecido; por él los que ayer nadaban en la opulencia hoy demandan humildemente las migajas que arroja el que ha pasado á ser dueño de lo suyo; es el que hace de una doncella pura y casta, una ramera vil é inmunda; es para que acades de comprender, el que compra el alma de muchos con la sangre que ha chupado á ros, es el que envenena el corazon y hace envejecer el cuerpo.—¡Cuitado de mi! señor, exclamó Sancho oyentlo mis razones, ¿pues no estais viendo como le acatan y reverencian todos los que vienen con él y como se rien de sus palabras?

—Mañana llorarían esas risas Sancho amigo, si por su buena suerte no le hubiese topado yo en mitad de mi camino. Yo te juro que no volverá á cometer mas entuertos.

Y con gran esfuerzo clavando los acicates